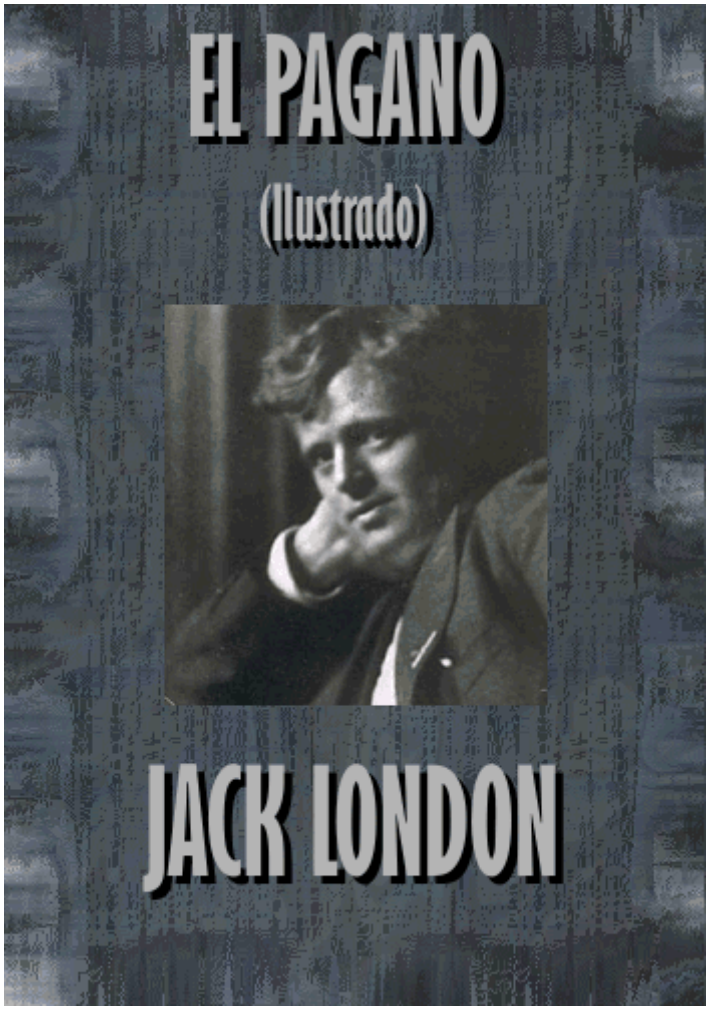
LIBRO dot.com

El pagano

(Ilustrado)

Jack London



LIBRO dot.com

http://www.librodot.com

Le conocí en medio de un huracán y, aunque íbamos en la misma goleta, no nos encontramos hasta que la embarcación zozobró. No cabe duda de que le habría visto, junto con el resto de tripulantes indígenas, pero no advertí que existía ya que la «Petite Jeanne» iba algo sobrecargada. Además de los ocho o diez marineros canacas, el capitán blanco, el piloto, el sobrecargo y los seis pasajeros en camarotes, recogió en Rangiroa cosa de ochenta y cinco de cubierta; paumotanos y tahitianos, hombres, mujeres y niños, cada uno con su equipaje, sin hablar de las colchonetas y fardos de ropas.

Había concluido la temporada perlera en las Paumotus y los buceadores regresaban a Tahití. Los seis pasajeros de camarote traficábamos en ese artículo. Dos eran americanos, otro, Ah Choon, el chino más blanco que jamás he visto, otro alemán, otro judío polaco, y yo, que completaba la media docena.

Había sido una temporada muy fructífera. Ninguno de nosotros tenía motivos de queja, ni tampoco los ochenta y seis pasajeros de cubierta. Todos quedaron bien provistos y confiaban en una temporada de descanso y diversiones en Papetee.

Como ya he dicho, la «Petite Jeanne» iba sobrecargada. No pasaba de las setenta toneladas y no debiera llevar ni una décima parte de la hueste que había embarcado. Bajo las escotillas, estaba totalmente atestada y atiborrada de madreperlas y copra. Incluso la cámara se veía llena. Era un milagro que los marineros consiguieran maniobrar la embarcación. Apenas disponían de otro sitio para moverse que la borda.

De noche; pasaban por encima de los pasajeros que alfombraban la cubierta, unos sobre otros. Y también debían tenerse en cuenta los cerdos y las gallinas, además de los sacos de ñames, mientras que todos los lugares imaginables estaban adornados con ristras de cocos y racimos de plátanos. A ambos lados, entre el trinquete y el mayor, se habían tendido unas cuerdas, lo bastante bajas para permitir que se moviese la botavara del cangrejo, y de cada una de ellas pendían no menos de cincuenta racimos de bananas.

Prometía ser un viaje molesto, aunque lo hubiéramos realizado en los dos o tres días que se requieren cuando soplan los alisios del sudoeste. Pero no soplaban. Al cabo de cinco horas, el viento fue muriendo, con una serie de espasmos. La calma reinó durante toda la noche y el siguiente día, una de esas calmas deslumbradoras y bochornosas, durante las que sólo el pensar en abrir los ojos para contemplar, provoca a jaqueca.

Al segundo día, murió un hombre, un isleño del Grupo oriental, uno de los mejores buceadores. Fue tosferina, aunque ignoro cómo pudo llegar esa enfermedad a bordo, ya que, cuando zarpamos de Rangiroa, no se había registrado un solo caso. Sin embargo, allí la teníamos; tosferina, con un hombre muerto y tres mas enfermos.

Por otra parte, nada podíamos hacer. No era posible aislar a los afectados, ni tampoco cuidarles. Íbamos apretados como sardinas. No quedaba más que pudrirse y morir; bueno, nada pudo hacerse después de ocurrir la primera defunción. Aquella noche, el piloto, el sobrecargo, el judío polaco y cuatro buceadores escaparon en la ballenera. Nunca más volvió a saberse de ellos. A la mañana siguiente, el capitán desfondó los otros botes yeso fue todo.

Aquel día hubo dos defunciones; al siguiente, tres, Luego paso a ocho. Resultaba sorprendente ver como lo aceptábamos. Los indígenas, por ejemplo, cayeron víctimas de un pánico aturdido y estólido. El capitán, que se llamaba Oudouse y era francés, se puso muy

nervioso y excitado. Estaba a punto e estallar. Era un hombre grande, carnoso, que pesaría, como mínimo noventa kilos, y que, pronto, se convirtió en una verdadera montaña de gelatina.

El alemán, los dos americanos y yo adquirimos toda la existencia de whisky a bordo, con el propósito de mantenernos borrachos. La teoría no era mala; si nos conservábamos empapados en alcohol, cualquier germen de tosferina que entrase en contacto con nosotros quedaría, al instante, convertido en cenizas. Y la teoría dio resultado, aunque es preciso reconocer que la dolencia tampoco atacó al capitán ni a Ah Choon. El francés era abstemio, mientras que el chino se limitaba a un trago al día.

Las cosas no iban bien. El Sol, que declinaba hacIa el norte, cala a plomo sobre nosotros. No soplaba viento alguno, excepto por aislados ramalazos, que duraban de cinco minutos a media hora, y concluían siempre con .un diluvio de, agua..Tras cada súbita corriente. de aire, el ardiente Sol volvía a salir, provocando nubes de vapor en la empapada cubierta.

El vapor no resultaba agradable. Era el vapor de la muerte, cargado con millones y millones de gérmenes. Siempre nos servíamos un trago al verlo alzarse sobre los muertos y los moribundos y, con frecuencia, lo acompañábamos con dos o tres más, muy secos. También tomamos por costumbre servirnos uno extra cada .vez que arrojaban un cadáver a los tiburones, que iban acompañando al buque.

Así pasamos una semana y, entonces, se acabó el whisky. Fue lo mejor, pues, de otro modo, no estaría yo vivo para contarlo. Era preciso encontrarse muy sobrio para salir adelante con lo que vino después, como estarán todos de acuerdo cuando indique que sólo dos pudimos salvarnos. El otro fue el pagano; por la menos, así es como le llamó el capitán Oudouse en el momento en que advertí su presencia. Pero volvamos al principio.

Fue a finales de semana, concluido el whisky y todos sobrios, cuando a mí se me ocurrió consultar el barómetro que colgaba de la pared del comedor. En las Paumotus, la media habitual es de 29,90 y suele variar de 29,85 a 30,00 e, incluso, 30,05. Verlo, como yo la vi, a sólo 29,62, bastaba para serenar de golpe al más borracho de los traficantes de perlas que jamás hayan incinerado los microbios de la tosferina con whisky escocés.

Se lo dije al capitán Oudouse, quien me respondió que hacía varias horas que lo estaba observando. Poco quedaba por hacer, pero este poco lo hizo muy bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Arrió las velas altas, hasta el punto conveniente, extendió el guardamancebos y esperó el viento. Se equivocó, no obstante, en lo que hizo después. Ponerse al pairo, por la amura de babor, es lo acertado, al sur del Ecuador, si, y ahí está la cuestión, si no se encuentra el buque en el camino que va a seguir el huracán.

Nosotros nos encontrábamos en ese camino. Yo lo advertí por el constante aumento del viento y por el descenso del barómetro. Intenté convencer al capitán para que virase y avanzara con el viento en el *port quarter* hasta que el barómetro dejara de bajar y entonces dar un nuevo giro. Estuvimos discutiéndolo hasta que casi le dio un ataque de histerismo, pero no quiso hacerme caso. Lo peor es que no conseguí que me apoyaran el resto de los traficantes de perlas. Al fin y al cabo, ¿quién era yo, para saber más de las cosas marinas que un veterano capitán de barco? Eso es lo que comprendí que estaban pensando.

Como es habitual, el mar se encrespó mucho con el viento. Nunca olvidaré las tres primeras olas que la «Petite Jeanne» tuvo que aguantar. Cabeceaba mucho, como hacen con frecuencia los veleros, y la primera ola le alcanzó de lleno. Las cuerdas salvavidas sólo podían serles útiles a quienes estuviesen sanos y fuertes, pero de poco sirvieron cuando mujeres, niños, plátanos, cocos, cerdos, fardos, enfermos y moribundos fueron barridos, convirtiéndose en una gran masa sólida, aullante y dolorida.



La segunda ola llenó la cubierta con pedazos de borda y, como el buque se hundió de un costado y la proa apuntó al cielo, aquella miserable carga de seres vivos y de mercancías cayó hacia popa. Parecía un torrente humano. Avanzaban de cabeza, con los pies por delante, de lado, rodando sobre sí mismos, retorciéndose, braceando, chillando, y aferrándose unos a otros. En ocasiones, alguno podía sujetarse a una cuerda o palo, pero el peso de los otros cuerpos le obligaban, en seguida, a soltarlo.

Vi cómo un hombre daba de lleno con la cabeza en la borda. Se le partió igual que un huevo. Adiviné lo que se avecinaba, por lo que salté sobre la cabina y, de allí, a la vela mayor. Ah Choon y uno de los americanos intentaron seguirme pero yo me había adelantado. Al americano le barrieron, arrastrándole al mar, igual que a una pluma. Ah Choon se sujetó a una de las cabillas de la rueda y pareció flotar en el aire. Entonces, una andrajosa *vahina* * de Raratonga, que debía pesar noventa kilos y tener más de cincuenta años, chocó con él y le pasó un brazo por el cuello. El chino se sujetaba, con el otro brazo, al timonel canaca. Y, en aquel momento, la goleta se bandeó hacia el lado opuesto.

* ***_ Mujer (Nota del traductor).***

La avalancha de cuerpos y de agua que descendía entre la cabina y la borda cambió súbitamente de dirección. Allá fueron todos, la *vahina*, Ah Choon y el timonel. Juro que vi cómo el chino me sonreía con filosófica resignación cuando saltó por la borda.

La tercera ola, que era la mayor, no hizo tanto daño. Cuando llegó, casi todo el mundo estaba en las cuerdas. En cubierta, cosa de una docena de desgraciados que jadeaban, medio ahogados y medio aturdidos, intentaban encontrar un sitio donde refugiarse. Avanzaban junto a la borda, lo mismo que los restos destrozados de los botes. Los traficantes de perlas conseguimos, entre una ola y otra, meter a unas quince mujeres y niños en la cabina, que cerramos a conciencia. De poco sirvió.

¿Viento? No creí, basándome en mi experiencia anterior, que pudiera soplar tan violentamente. No hay modo de describirlo. ¿Cómo va a describirse una pesadilla? Lo mismo le pasaba al vendaval. Arrancaba la ropa de nuestros cuerpos. No se trata de una simple frase, sino de un hecho cierto. Me limito a repetir lo que vi y lo que experimenté. Hay ocasiones en que, al recordarlo, ni yo mismo lo puedo creer. Lo tuve que soportar y ya es bastante. No era posible hacer frente a aquel huracán y sobrevivir. Resultaba monstruoso y, lo más monstruoso es que iba creciendo y creciendo de continuo.

Imaginen interminables millones y billones de toneladas de arena. Imaginen a esa arena disparada a noventa, cien o ciento veinte, o cualquier otro número de kilómetros por hora. Además, imaginen a esa arena invisible e impalpable, pero que, pese a todo, conserva su peso y su densidad. Hagan todo eso y puede que así lleguen a tener un indicio de lo que era el viento.

Pero quizás la arena no sea la comparación más apropiada. Imaginen barro, invisible e impalpable, pero pesado como siempre. No, era mucho más que eso. Imaginen que cada molécula de aire fuese un banco de barro. Ahora, intenten imaginar el impacto de infinitos bancos de barro. No, no me es posible. El lenguaje humano está concebido para expresar las condiciones corrientes de la vida, pero le resulta imposible expresar tal violencia en el viento. Hubiera sido mejor mantenerme en mi propósito inicial de no intentar describirlo.

Esto sí diré: el mar, que en un principio, se había encrespado, fue abatido por el viento. Aún más, se hubiese dicho que todo el océano había sido absorbido al interior del huracán y, luego, expulsado hacia la porción del espacio que antes ocupara el aire.

Como es lógico, nuestro velamen había desaparecido hacía ya tiempo. Pero el capitán Oudouse tenía a bordo de la «Petite Jeanne» algo que yo jamás había visto en una goleta de los Mares del Sur: un ancla flotante. Consiste en un saco de lona cónico, cuya boca mantiene abierta un enorme aro de hierro. El ancla flotante funciona, mas o menos, como una cometa, por lo que se enfrenta con el agua, como la otra lo hace con el aire, aunque con una diferencia. El ancla flotante se mantiene bajo la superficie del océano en posición perpendicular. Una larga cuerda la une a la goleta. El resultado fue que la «Petite Jeanne» se dirigió directamente hacia el huracán y hacia cuantas olas había.

La situación nos hubiera resultado favorable de no encontrarnos en el camino de la tormenta. Cierto que el viento había arrancado las velas, desmochado las puntas de los mástiles y muchas otras cosas más, pero hubiésemos podido salvarnos de no estar en el camino por el que avanzaba el temporal. Eso acabó con nosotros. Yo me sentía medio desmayado y como

aturdido por la fuerza del viento y creo que estaba dispuesto a abandonar y a morirme cuando nos alcanzó de lleno. El golpe fue definitivo. No había ni una brizna de aire. El efecto que produjo era para enfermar.

Recuerden que, durante horas, habíamos estado sometidos a una terrible tensión física, soportando la presión del viento. Y, de súbito, esa impresión desapareció. Sentí como si cada átomo de mi cuerpo repeliese a los restantes y fuera a desprenderse y huir por el espacio. Pero eso sólo duró un instante. Nos iban a destruir.

Con la ausencia del viento y de la presión, se alzó el mar. Saltó y brincó, elevándose hacia las nubes. Recuerden que, desde cada punto de la brújula, aquel viento increíble soplaba hacia el centro de la calma. El resultado fue que las aguas saltaron también, desde cada punto de la brújula. No había viento para detenerlas. No obedecían a un sistema; carecían de estabilidad. Se alzaron unas olas vacías y maníacas. Medían, por lo menos, treinta metros de altura. Pero no se trataba de olas. No se parecían a ninguna de las que el hombre ha visto. Eran salpicaduras, salpicaduras monstruosas; eso es todo. Salpicaduras que medían treinta metros de altura. ¡Treinta! Tenían más de treinta. Pasaban por encima de las cofas. Eran verdaderas explosiones. Parecían borrachas. Caían por todas partes y de cualquier modo. Se golpeaban entre sí, chocaban. Se unían para caer una sobre otra o se separaban para formar mil cascadas distintas, pero simultáneas. Aquel centro del huracán no se parecía a los océanos que el hombre ha visto; Era una maldita confusión. Era un caos. Era un brote de agua del infierno, que había enloquecido.

¿La «Petite Jeanne»? No sé. Más tarde el pagano me dijo que lo ignoraba. La destrozaron literalmente, abriéndola por la mitad y dejándola convertida en astillas, aniquilada. Cuando me di cuenta, estaba en el mar, nadando por instinto, aunque me sentía casi ahogado. No recuerdo cómo llegué hasta allí. Sólo recuerdo cómo la «Petite Jeanne» saltaba en pedazos, que debió ser el mismo instante en que perdí el conocimiento. La cuestión es que: me encontraba en el agua, de lo que debía intentar sacar el mejor partido posible, aunque mis probabilidades fuesen muy escasas. El viento soplaba nuevamente y el mar estaba más tranquilo, por lo que comprendí que ya habíamos abandonado el centro del huracán. Por fortuna, no había tiburones. La tormenta dispersó la voraz horda que rodeaba la goleta, para alimentarse de los cadáveres.

Fue, más o menos, al mediodía cuando se deshizo la «Petite Jeanne» y unas dos horas después encontré una tapa de escotilla. Caía una densa lluvia y fue por pura casualidad que nos encontramos. De una polea pendía un pedazo de cuerda y comprendí que aquello iba a permitirme sobrevivir otro día, de no volver los tiburones. Tres horas después, o puede que un poco más, mientras me mantenía pegado a la tapa, con los ojos cerrados, sin otra preocupación que seguir respirando y no tragar demasiada agua, me pareció oír unas voces. Había cesado la lluvia y tanto el mar como el viento se estaban calmando.

A menos de siete metros se encontraban el capitán Oudouse y el pagano. Luchaban por apoderarse de otra tapa, por lo menos el francés:

–*Paiën noir!* –oí que gritaba al tiempo que le propinaba un puntapié al canaca.

El capitán había perdido todas sus ropas, excepto el calzado, unas botas muy pesadas y gruesas. La patada, por tanto, debió resultar dolorosa en extremo, pues alcanzó al pagano en la

boca y en la punta de la barbilla, aturdiéndole. Esperaba que respondiese, pero se limitó a alejarse unos tres metros, donde estaba a salvo. Cada vez que el movimiento del mar le acercaba, el francés bien sujeto con las manos, intentaba darle nuevas patadas. Al mismo tiempo, acompañaba los puntapiés con insultos, llamándole pagano negro.

–¡Por menos de dos centavos iba ahí a ahogarte, bestia blanca! –le grité.

El. único motivo de que no lo hiciera es que estaba demasiado cansado. Sólo con pensar en el esfuerzo que representaba nadar a su encuentro, bastaba para provocarme náuseas. Por tanto, indiqué al canaca que viniera conmigo, a compartir la tapa de escotilla. Me dijo que se llamaba Otoo, lo que se pronuncia O-to-o, y que había nacido en Bora Bora, la más occidental de las islas de la Sociedad. Según supe más tarde, fue el primero en llegar a la tabla, encontrándose, poco después, con el capitán Oudouse, a quien ofreció compartir su improvisada balsa y recibiendo, a cambio, unos cuantos puntapiés.

Y así nos conocimos Otoo y yo. No era un luchador. Era todo amabilidad y dulzura, bondadoso en extremo, aunque medía uno ochenta de altura, con unos músculos de gladiador. Pero que no tuviese temperamento belicoso, no significa que fuese cobarde. Poseía los ánimos de un león y, en años posteriores, le he visto correr riesgos que yo ni siquiera hubiese soñado en aceptar. Lo que quiero decir es que, si bien no se trataba de un luchador y procuraba evitar las peleas, no rehuía el peligro cuando éste se presentaba. Y, entonces, al entrar en acción era de cuidado.

Nunca olvidaré lo que le hizo a Bill King. Ocurrió en la Samoa alemana. Bill King estaba considerado como el campeón de pesos fuertes de la Armada Americana. Era un enorme bruto, un auténtico gorila, uno de esos tipos que pegan fuerte y gustan de las broncas, además de saber manejar bien los puños. Andaba buscando pelea y le propinó un par de puntapiés y un buen directo a Otoo, antes de que éste juzgara inevitable luchar. No creo que la cosa durase más allá de cuatro minutos y al concluir, Bill King era el triste propietario de cuatro costillas y de un brazo rotos, así como de un hombro dislocado. Otoo nada sabía de boxeo científico. Simplemente, era capaz de enfrentarse a cualquiera. Bill King tardó tres meses en recobrarse de .aquel encuentro celebrado una tarde en la playa de Apia.

Pero me estoy adelantando a los acontecimientos. El pagano y yo compartimos la tapa de escotilla. Nos turnábamos, para que uno reposara encima, mientras el otro, con el mar hasta el cuello, se sujetaba con las manos. Durante dos días y dos noches, paso a paso, en la .tapa y en el agua, navegamos a la deriva por el océano. Las últimas horas las pasé en pleno delirio y hubo ocasiones en que oí a Otoo balbucear algunas frases en su idioma nativo. La continua inmersión evitó que muriésemos de sed, pero el agua de mar y el cálido Sol nos dieron la más hermosa combinación de llagas y de quemaduras que se ha visto.



Al final, Otoo me salvó la vida. Me encontré, de improviso, tendido en una playa, a siete metros de la orilla, protegido del Sol por un par de hojas de cocotero. Nadie más que él pudo haberme arrastrado hasta allí e improvisar aquel refugio. Le vi tendido a mi lado. Me desmayé nuevamente y, cuando me recobré, era de noche, con muchas estrellas y una fresca brisa, y Otoo me vertía en la boca agua de coco.

Fuimos los únicos supervivientes de la «Petite Jeanne». El capitán Oudouse debía haber muerto de inanición, pues varios días más tarde, su tapa de escotilla llegó sin él a la playa.

Otoo y yo vivimos con los nativos del atolón durante varias y semanas, hasta que nos rescató un crucero francés, con el que nos trasladamos a Tahití. Mientras, habíamos realizado la ceremonia de cambiar nuestros nombres. En los Mares del Sur, esa ceremonia une a dos hombres mucho más estrechamente que la hermandad de sangre. Mía fue la iniciativa y Otoo se sintió encantado cuando se lo propuse.

–Está bien –dijo el tahitiano–, pues hemos sido compañeros durante dos días en la boca de la muerte.

–Pero la muerte falló –advertí, sonriendo.

–Porque hiciste un acto de valor, amo, y la Muerte no se atrevió a hablar –repuso.

–¿Por qué me llamas amo? –indagué algo molesto–. Hemos cambiado nuestros nombres. Para ti, soy Otoo. Y, para mí, tú eres Charley. Y, entre nosotros, de ahora en adelante y para siempre, tú serás Charley y yo seré Otoo. Así es la costumbre. y cuando muramos, si llegamos a vivir más allá de las estrellas y del cielo, tú seguirás siendo Charley para mí, y yo Otoo para ti.

–Sí, amo –convino con los ojos encendidos y húmedos de júbilo.

–¡Otra vez! –protesté.

–¿Qué importa lo que digan mis labios? –exclamó–. No son más que mis labios. Pero siempre pensaré en Otoo. Cada vez que piense en mí mismo, pensaré en ti. Cada vez que alguien me llame por mi nombre, pensaré en ti. Y, más allá del cielo y de las estrellas, para siempre jamás, tú serás Otoo para mí. ¿Está bien así, mi amo?



Oculté una sonrisa, respondiéndole que estaba bien.

Nos separamos en Papetee. Yo me quedé en tierra, para reponerme, y él se fue en una lancha, a su isla de Bora Bora. Regresó seis semanas después. Me sorprendió mucho, pues me había hablado de su esposa, asegurando que volvía a su lado y que dejaría de enrolarse en largos viajes.

–¿Dónde piensas ir, amo? –me preguntó después de nuestro saludo.

Me encogí de hombros. Era una pregunta difícil.

–Por todo el mundo –respondí–. Por todo el mundo y por todo el mar y por todas las islas que están en el mar.

–Iré contigo –dijo simplemente–. Mi esposa ha muerto.

Nunca tuve hermanos, pero, por lo que he podido ver en otros, dudo que nadie haya tenido uno que significase tanto para él, como Otoo para mí. Era, a la vez, hermano, padre y madre.

Y de una cosa estoy seguro: Llevé una vida mejor y fui mejor hombre a causa de Otoo. Me importaba muy poco la gente, pero debía mostrarme digno de él. Por él no llegué a degradarme. Me hizo su ideal, creándome, me temo, a base de la idolatración en que me tenía. Hubo ocasiones en que me encontré al borde del infierno y hubiera saltado, de no impedírmelo el recuerdo de Otoo. El orgullo que por mí sentía llegó a calarme de tal modo, que la regla principal de mi particular código de conducta fue no hacer nada que pudiera disminuirlo.

Como es lógico, no me enteré al momento de lo que de mí pensaba. Jamás me criticaba. Poco a poco, el alto puesto que yo ocupaba a su juicio se me fue desvelando, hasta que comprendí el daño que podía causarle de hacer algo que no fuese lo mejor.

Estuvimos juntos durante diecisiete años, durante diecisiete años se mantuvo a mi cabecera mientras dormía, curándome y atendiéndome en los ataques de fiebre o en las heridas y, también, desgraciadamente, recibiéndolas al defenderme. Se enrolaba en los mismos buques que yo y, juntos, recorrimos el Pacífico, desde las Hawaii al cabo de Sydney, y desde el Estrecho de Torres a las Galápagos. Hicimos tráfico de negros desde las Nuevas Hébridas y las Line, en el oeste, y más allá de las Luisianas, de Nueva Bretaña, de Nueva Irlanda y de Nueva Hannover. Tres veces naufragamos en las Gilbert, en el grupo Santa Cruz y en las Fidji. Y traficábamos dondequiera que hubiese la promesa de un dólar en forma de perlas, de ostras, de copra, de tortugas o de restos de naufragio.

La amistad comenzó en Papetee, después de anunciarme su propósito de acompañarme por todo el mar y por todas las islas que allí se encuentran.

En aquellos días, había un club en Papetee, donde se reunían los perleros, los traficantes, los capitanes de barco y la hez de los aventureros de los Mares del Sur. Se jugaba fuerte y se bebía mucho. Me temo que yo solía abandonarlo mucho después de lo que hubiese resultado conveniente. No importaba la hora en que saliese de allí, Otoo estaba esperándome para acompañarme a casa, oculto entre las sombras de los mangos. ¿Qué podía hacer yo? Tan sólo sé lo que hice.

Insensiblemente comencé a retirarme más pronto. En las noches húmedas o tormentosas, cuando más divertido estaba aquello, no podía apartar de mi pensamiento a Otoo, montando guardia bajo las goteantes hojas de los mangos. Es indudable que hizo de mí un hombre mejor. Sin embargo, no era un puritano. Nada sabía de nuestra moral cristiana. Todos los habitantes de Bora Bora estaban bautizados, pero él seguía pagano, el único idólatra de la isla, un burdo materialista, convencido de que estaría muerto una vez muriese. No creía más que en el juego limpio y en el trato justo. En su código, las raterías constituían un delito tan grande como el homicidio. Y estoy seguro de que respetaba mucho mas a un asesino que a quIen se dedicase a esas otras cosas.

En lo que a mí se refiere, se oponía a cualquier cosa que me pudiese perjudicar. El juego no era malo. A él le agradaba con pasión. Pero acostarse muy tarde, me explicó, era malo para la salud. Había visto cómo muchos hombres, que no se cuidaban, morían de fiebre. No era abstemio y agradecía un buen trago cuando se trabajaba en una cubierta batida por el agua. Pero al mismo tiempo, creía conveniente la moderación con el alcohol. Había visto hombres muertos, o caídos en las peores desgracias, a causa del ron y del whisky.

Otoo pensaba siempre en mi bienestar. Miraba de continuo al futuro, pesaba mis planes y proyectos y se tomaba por ellos mucho más interés que yo mismo. En un principio, antes de que me diese cuenta de su preocupación por mis cosas, debía adivinar mis intenciones, como por ejemplo, ocurrió en Papetee, cuando pensaba asociarme a un compatriota menos que escrupuloso en un negocio de guano. Yo ignoraba que fuese un sinvergüenza, igual que los otros blancos de Papetee. Tampoco lo sabía Otoo, pero al ver que intimábamos, lo averiguó sin que yo se lo pidiese. En las playas de Tahití se reúnen marineros de todos los puntos del mar y Otoo, basándose en simples sospechas, se entrevistó con ellos hasta reunir suficientes pruebas para justificarlas. Era, desde luego, una hermosa historia la de Randolph Waters. Yo no podía creerla cuando me la explicó Otoo, pero, al repetírsela al propio Waters, éste se rindió sin comentarios, tomando el primer vapor para Auckland.

Debo reconocer que, en un principio, me molestó que Otoo metiera las narices en mis asuntos. Sin embargo, me constaba que no era por egoísmo y, pronto tuve que reconocer su sabiduría y su discreción. Mantenía los ojos muy abiertos ante cualquier posible oportunidad y tenía, a la vez, visión rápida y segura. Llegó a ser mi consejero, hasta que supo acerca de mis negocios, más que yo mismo. Era quien verdaderamente se preocupaba por ellos. Yo era joven y tenía la magnífica despreocupación de la juventud, pues prefería la emoción al dinero y la aventura a la seguridad. Por tanto, necesitaba de alguien que me vigilara. Sé que, de no ser por Otoo, ahora no estaría aquí.

De muchos ejemplos, voy a darles uno sólo. Yo tenía cierta experiencia en el tráfico de negros antes de que comenzase a comerciar con perlas en las Paumotus. Otoo y yo nos encontrábamos en la playa de Samoa, pero literalmente en la playa, y sin un centavo, cuando tuve oportunidad de embarcarme como agente reclutador en un bergantín negrero. Otoo se enroló de simple tripulante. A lo largo de seis años, estuvimos recorriendo, en otros tantos buques, los lugares más salvajes de la Melanesia. Otoo se aseguraba de que le destinasen de remero en mi bote. La costumbre, cuando se va a reclutar braceros, es la de dejar al agente en la playa. El bote de cobertura espera a un centenar de metros, dentro del mar, mientras que el del agente se mantiene muy cerca de la arena. Cuando yo desembarcaba abandonando el gobernalle, Otoo cambiaba su puesto de remero, situándose a babor, donde había un winchester oculto bajo unas lonas. Los demás tripulantes del bote también iban armados, con los rifles ocultos bajo lonas y ropas. Mientras yo me ocupaba de convencer a aquellos lanudos caníbales de que fuesen a trabajar a las plantaciones de Queensland, Otoo me vigilaba. Más de una vez me había .avisado, en voz baja, de actos sospechosos o de una inminente traición. En ocasiones, era el rápido disparo de su arma, con la que derribaba a un salvaje, el primer aviso que recibía. Y, al regresar al bote a todo correr, su mano era la primera en recogerme. Recuerdo que, en Santa Ana, el bote embarrancó cuando comenzaba el jaleo. El de cobertura venía en nuestra ayuda, pero los salvajes allí reunidos, nos hubieran aniquilado antes de que llegase. Otoo saltó a la playa, hundió las manos en las mercancías, y comenzó a desperdigar tabaco, abalorios, hachas, cuchillos y telas, en todas direcciones.

Esto resultó excesivo para los lanudos. Mientras corrían en busca de tantos tesoros, pusimos el bote nuevamente a flote, alejándonos cosa de quince metros. Y además, conseguí treinta reclutas allí mismo, en las siguientes cuatro horas.

Lo que siempre recuerdo ocurrió en Malaita, la peor de las Salomón orientales. Los indígenas se habían mostrado excesivamente amigos y nosotros no podíamos saber que toda la aldea

estaba contribuyendo para establecer un amplio fondo con el que adquirir una cabeza de blanco.

Allí se dedican todos a .cazarlas y estiman de modo especial las de los europeos. Y el tipo que consiguiera una Iba a llevarse la colecta completa.

Como decía, los nativos se mostraban muy amistosos. Yo me encontraba a más de cien metros del bote. Otoo me había advertido que no lo hiciese y, como siempre que no le escuchaba, me metí en un buen lío.

De pronto, desde la espesura, me lanzaron una nube de azagayas. Por lo menos una docena dieron en el blanco. Intenté huir pero tropecé con una que llevaba clavada en el muslo y caí al suelo. Los lanudos se me echaron encima, blandiendo sus mazas con las que pretendían partirme la cabeza. Estaban tan ansiosos por alcanzar el premio que se obstaculizaban entre sí. En medio de aquella confusión, pude evitar varios golpes, girando a derecha e izquierda, sobre la arena.

Entonces, llegó Otoo. Se había hecho, no sé cómo, con una pesada maza de guerra, que en un cuerpo a cuerpo, resulta mucho más eficaz que un rifle. Se situó entre ellos, de manera que no pudieran clavarle sus lanzas y, en esas condiciones, sus mazas eran menos que inútiles. Luchaba por mí y estaba verdaderamente furioso. El modo como manejaba la maza era sorprendente. Los cráneos de los lanudos se partían igual que naranjas maduras.

Sólo cuando les hubo ahuyentado, cargado conmigo y emprendido la fuga, empezó a recibir las primeras heridas. Alcanzó el bote con cuatro azagayas en la carne, empuñó el winchester y, con él fue derribando un hombre a cada disparo. Luego, regresamos a la goleta y nos curaron.

Estuvimos juntos diecisiete años. Fue él quien me hizo. Hoy día, no sería yo más que un sobrecargo, un agente reclutador o un simple recuerdo, de no haberle tenido conmigo.

–Te gastas el dinero y entonces vas a buscar más –me dijo cierto día–. Ahora te es fácil conseguirlo. Pero, cuando seas viejo, te lo habrás gastado todo y no podrás ir a buscar más. Yo lo sé, amo. He estudiado las costumbres del hombre blanco. En las playas, hay muchos viejos, que antes fueron jóvenes, y que salían, igual que tú ahora, en busca de dinero. Ahora son viejos, no tienen nada y esperan a que desembarquen los jóvenes, como tú, para que les inviten a un trago.

El negro es un esclavo en las plantaciones. No gana más que veinte dólares al año. Trabaja duro, muy duro. El capataz no trabaja duro. Va a caballo y vigila que trabaje el negro. Le dan mil doscientos dólares al año. Yo soy marinero en la goleta. Me dan quince dólares al mes. Y eso porque soy un buen marinero. Trabajo duro, muy duro. El capitán tiene una toldilla y bebe cerveza de botellas muy grandes. No he visto a ninguno tirar de una cuerda o manejar un remo. Gana ciento veinte dólares mensuales. Yo soy marinero. El es navegante. Amo, creo que sería bueno que tú supieras navegación.

Otoo me impulsó a hacerlo. Se embarcó conmigo de segundo oficial en la primera goleta que mandé y se sentía mucho más orgulloso que yo de mi puesto. Más tarde, me dijo:

–El capitán está bien pagado, amo, pero tiene el barco a su cuidado y nunca abandona esa responsabilidad. Es el armador el que está mejor pagado, el armador que se sienta en tierra, rodeado de sirvientes, y recibe mucho dinero.

–Cierto, pero una goleta de segunda mano cuesta cinco mil dólares –objeté–. Seré un viejo antes de haber reunido esa cantidad.

–Hay medios más rápidos, para un hombre blanco, de reunir ese dinero –recordó, señalándome la costa cubierta de cocoteros.

Nos encontrábamos en las Salomón, recogiendo un cargamento de esos frutos, en las costas de Guadalcanal.

–Entre la desembocadura de ese río y el siguiente, hay unos tres kilómetros –añadió–. Es muy llano y se extiende al interior. Ahora no vale nada. Pero no sabemos: el año próximo, o acaso éste, o el otro, puede que haya quien pague mucho por ese terreno. Es un buen fondeadero, incluso para los grandes vapores. Puedes comprarle esa tierra, hasta seis kilómetros al interior, al jefe de la tribu, por diez mil cigarros, diez botellas de alcohol y un rifle viejo, todo lo cual te costará cosa de cien dólares. Entonces, registras la tierra a tu nombre y el año próximo la vendes para comprarte una goleta.

Seguí su consejo y sus palabras resultaron proféticas, aunque en tres años en vez de dos. Luego, vinieron los pastos de Guadalcanal, arrendados por el gobierno, durante noventa y nueve años, por un precio simbólico. Fui propietario de esos terrenos exactamente nueve días, al cabo de los cuales los vendí a cierta empresa por una fortuna. Siempre era Otoo quien pensaba en el futuro y veía las oportunidades. Fue también él quien me hizo recuperar el «Doncaster», un buque naufragado, que me costó cien libras en la subasta, para darme un total de tres mil, una vez pagados todos los gastos. También fue él quien me inició en las plantaciones de Savaii y en el negocio de cacao de Upolu.

Ya no navegábamos tanto como antes. Yo tenía demasiado dinero. Me casé y subió mucho mi nivel de vida. Pero Otoo siguió siendo el de siempre, recorriendo la casa o husmeando por las oficinas, con la pipa de madera en la boca, una camiseta de un chelín en el torso y un *lava lava* de cuatro en torno a la cintura. No conseguí que gastara dinero; No tenía otra manera de devolverle lo mucho que le debla mas que con amor y Dios sabe que, de todos nosotros, lo recibió en cantidad. Los niños le adoraban y de haber habido modo de malcriarle, mi esposa lo hubiera conseguido.

¡Los niños! Fue él quien verdaderamente los inició en la vida. Comenzó por enseñarles a andar. Les velaba cuando estaban enfermos. Uno tras otro, en cuanto se aguantaban sobre los pies, les llevó a la laguna para que fuesen anfibios. Les enseñó más de lo que nunca supe yo acerca de las costumbres de los peces y del modo de atraparlos. En la selva, ocurría lo mismo. A los siete años, mi hijo Tom conocía más especies de madera de lo que yo imaginaba que pudieran existir. A los seis, mi hija Mary saltó desde una cascada, llamada Slidin Rock, sin un solo estremecimiento, aunque he visto hombres muy fuertes que no se atrevían a intentarlo. Y cuando el menor, Frank, cumplió esa edad, recogía chelines del fondo de las lagunas.

–A mi gente, en Bora Bora, no les gustan los paganos. Y a mí no me gustan los cristianos de Bora Bora –me explicó cierto día, cuando con el propósito de que se gastara el dinero, que era, a todas luces, suyo, intentaba animarle para que hiciera una visita a su tierra en una de

nuestras goletas; un viaje muy especial con el. que yo pretendía establecer un récord en cuestiones de gastos.

Digo una de nuestras goletas, aunque, en aquella época, legalmente eran sólo mías. Batallé mucho tiempo con él para que formase sociedad conmigo.

–Somos socios desde aquel día en que la «Petite Jeanne» naufragó –dijo al fin–. Pero si tu corazón lo desea, entonces lo seremos ante la ley. No tengo nada que hacer, pero mis gastos son elevados. Como, bebo y fumo mucho; es caro, lo sé. No pago nada por jugar al billar, pues juego en tu mesa, pero el dinero se va. Pescar en el arrecife es un placer de hombre rico. Es vergonzoso lo que cuestan los anzuelos y los sedales. Sí, es conveniente que seamos socios ante la ley. Necesito dinero. Me lo dará el cajero de la oficina.

Por tanto, se extendieron y legalizaron los documentos. Un año más tarde me tuve que quejar.

–Charley –le dije– eres un viejo avaro, un tacaño sin remedio. Fíjate, tus beneficios de este año en nuestra sociedad, ascienden a varios millares de dólares. El cajero me ha dado esta nota. Dice aquí que, en todo el año, no le has pedido más que ochenta y siete dólares con veinte centavos.

–¿Me queda algo? –indagó con ansiedad.

–Te repito que varios millares.

Se le iluminó el rostro, como aliviado.

–Bueno –dijo–. Vigila que el cajero lleve bien las cuentas, Cuando quiera mi parte, la querré en seguida y no ha de faltar un solo centavo. Y, si falta, se lo quitas al cajero de su sueldo.

Y, mientras tanto, según supe más tarde, su testamento, redactado por Carruthers, en el que me hacía único beneficiario, estaba depositado en el consulado americano.

Pero llegó el fin, como sucede en todas las asociaciones humanas. Ocurrió en las Salomón, donde habíamos tenido las más increíbles aventuras de nuestra increíble juventud y que entonces visitábamos, principalmente, en viaje de placer, aparte de echarle un vistazo a nuestras propiedades de la isla Florida y comprobar las posibilidades perlíferas de Mboli Pass. Estábamos en Savo, en busca de curiosidades.

Savo está plagada de tiburones. La costumbre de los lanudos, de enterrar a sus muertos en el mar, les anima a reunirse en torno a la costa.

Ocurrió cuando me dirigía, con marineros indígenas, hacia la goleta en una pequeña canoa que se volcó. Todos nos aferramos a ella o, mejor dicho, nos colgamos de ella. El barco se encontraba, lo menos, a cien metros. Hice señales para que enviasen un bote, cuando uno de los nativos comenzó a chillar. Se sujetaba a un extremo de la embarcación, pero así y todo, tanto él como aquella parte de la canoa, se sumergieron varias veces. Entonces se soltó, desapareciendo. Un tiburón le había alcanzado.

Los restantes lanudos intentaron salir del agua, subiéndose a la canoa. Yo grité, maldiciéndoles, mientras les golpeaba con la mano, pero de nada sirvió. Estaban ciegos de

terror. La canoa apenas podía soportar a uno de ellos. Bajo el peso de los tres se hundió, girando, y todos cayeron al agua.

Decidí abandonar la canoa, para dirigirme a nado a la goleta, con la esperanza de que en el camino me recogiese un bote. Uno de los indígenas se avino a acompañarme y, en silencio, fuimos avanzando, mientras periódicamente, metíamos la cabeza bajo el agua para comprobar si venían los tiburones. Los gritos del hombre que se había quedado en la canoa, me indicaron que le había atrapado un escualo. Examiné el agua, comprobando que por debajo pasaba un enorme tiburón. Tenía no menos de cinco metros. Lo vi con toda claridad. Aferró al indígena por la cintura y se fue, mientras aquel desgraciado, con los brazos, la cabeza y los hombros fuera del agua, se movía y chillaba de un modo que partía el corazón. Así lo fue arrastrando, durante más de cien metros, hasta que desapareció.

Seguí nadando, con la vaga esperanza de que aquél fuese el último tiburón sin una presa. No obstante, aún quedaba otro. No sé si era el mismo que antes atacara a los lanudos o si había ya comido hasta hartarse. El hecho es que no tenía tanta prisa como los anteriores. A mí me era imposible apresurarme, pues una gran parte de mis esfuerzos se destinaban a vigilarle. Estaba atento a él, cuando me dirigió el primer ataque. Por fortuna, pude apoyarle las dos manos en el morro y aunque casi me ahogó el esfuerzo, conseguí apartarle. La segunda vez me salvé por el mismo sistema. Al tercero, fallamos los dos. Me esquivó en el momento en que iba a apoyarle las manos en el morro, pero su piel, semejante al papel de lija, me despellejó el brazo, desde el codo hasta el hombro, pues sólo vestía una camiseta sin mangas.

Sentí que me ahogaba y abandoné toda esperanza. La goleta estaba aún a más de sesenta metros. Me sumergí en el agua, advirtiendo cómo maniobraba para atacarme de nuevo, cuando entre ambos, se deslizó un cuerpo obscuro. Era Otoo.

–¡Corre hacia la goleta, amo! –me dijo. Hablaba alegremente, como si todo el asunto fuese pura diversión–. Conozco a los tiburones. El tiburón es mi hermano.

Obedecí, nadando pausadamente, mientras Otoo se mantenía en torno mío, siempre entre el tiburón y yo, deteniendo sus ataques y animándome.

–Hay unas averías que retrasan la goleta –me explicó un minuto o dos después y, luego, volvió a sumergirse para continuar su extraña lucha.

Para entonces, la goleta estaba sólo a diez metros, pero yo me encontraba al límite de mis fuerzas. Casi ni podía moverme. Nos lanzaron cabos de cuerda, pero siempre resultaban cortos. El tiburón, al comprobar que no recibía daño alguno, se mostró más audaz. En varias ocasiones, estuvo apunto de cazarme, pero siempre, en el momento oportuno, se interponía Otoo. Este hubiera podido salvarse tan sólo con proponérselo. Pero se mantuvo junto a mí.

–¡Adiós, Charley! ¡No puedo más! –conseguí decirle.

Sabía que había llegado al fin y que, poco después, iba a alzar las manos, para hundirme.

Pero Otoo, rompió a reír, animándome:

–Te voy a enseñar un nuevo truco. Verás cómo el tiburón se pone enfermo.

Se situó a mi espalda, cuando el escualo se disponía al ataque.

–Un poco más a la izquierda –me gritó–. Allí hay un cabo de cuerda. A la izquierda, a la izquierda.

Cambié de dirección y seguí adelante, casi a ciegas. Estaba medio inconsciente. Cuando me aferraba a la cuerda, los de a bordo comenzaron a gritar. Me volví en seguida. No pude ver a Otoo. Y, de pronto, salió a la superficie. Le faltaban las dos manos y los muñones eran como fuentes de sangre.

–¡Otoo! –me llamó quedamente.

Y en sus ojos descubrí el amor que le vibraba en la voz.

Entonces, y sólo entonces, al final de una asociación de muchos años, me llamó por aquel nombre.

–¡Adiós, Otoo! –dijo.

Luego, le arrastraron al fondo y a mí me izaron al barco, donde me desmayé en brazos del capitán.

Así murió Otoo, que me había salvado, me hizo hombre y, al fin, dio su vida por mí. Nos conocimos en medio de un huracán y nos separamos ante las fauces de un tiburón, con un intermedio de diecisiete años de camaradería que, como estoy seguro, no han conocido otros dos hombres, uno de color y otro blanco.

Si Jehová ve, desde Su Alto Trono, cómo cae cada gorrioncillo, no será el último en entrar en su reino Otoo, el único pagano de Bora Bora.

